

DE ACTUALIDAD

A propósito de Camilo Bargiela

a/ Esa absurda acusación de plagio que se le ha dirigido al señor Pérez Lugín a cuenta de su novela "La casa de la Troya", me trae recuerdos y añoranzas—o "ñiores" que se diría en valenciano—de aquel Camilo Bargiela a quien el acusador atribuye la paternidad de la obra.

Desde luego, y aún sin conocer ésta, me atrevo a asegurar que el cargo es infundado, como suelen serlo casi siempre los de semejante índole. Pues no faltó en su tiempo quien afirmase redondamente que "La Regenta", de Clarín, era un plagio de la "Madame Bovary", de Flaubert! Pero no entremos en la cuestión, tantas veces debatida, del plagio, y voy a hablar de Camilo Bargiela, a quien este pequeño pleito literario, trae a la actualidad.

Conoci y traté a Bargiela todo lo que me consentía la escasez y brevedad de mis visitas a Madrid, donde él residió algún tiempo. Era un niño grande, de un buen humor inagotable y hasta humorista, de un humor gallego—que es de los más finos—con una cara de mosquetero en que sobresalían sus grandes bigotes negros. Fué de cónsul a Casablanca y allí murió, joven todavía, de un ataque de angina de pecho, según creo. Y estando en Casablanca le explicó al escribiente moro que tenía en el consulado quien era yo—según Bargiela y para que lo entendiese un moro—e hizo que me dirigiera un saludo en arábigo poético, que con su traducción me remitió. Lo que no sé es si Bargiela tradujo lo del moro o el moro lo de Bargiela.

Escribí también, a su pedido, un prólogo para una colección de cuentos y relatos suyos, entre los que recuerdo el de una entrevista entre Don Quijote y Don Juan Tenorio, colección que no llegó a publicar. Y nunca le oí que hubiese escrito ni pensase escribir una novela de la vida estudiantil de Santiago de Compostela. Aunque con su amenísima charla contase episodios de aquella vida.



O.C. tomo X

Entre los episodios de vida estudiantil que le oí hay uno que tengo muy presente. Y es que viviendo, creo que en Madrid, con su paisano—tudense como él—Augusto González Besada, el que luego fué ministro y jefe de grupo político, en una ocasión en que andaban mal de dinero y no podían pedirlo a sus casas, se les ocurrió escribir coplas de ciego o de pliegos de cordel e ir a ofrecerlas al que se dedicaba a este negocio. Y el trabajo les dió algún fruto. Suceso que me confirmó luego en Pontevedra el mismo Besada, con quien hablé de Bargiela. Y por cierto, me decía el político, que en recuerdo y gratitud de aquello había llegado a pensar escribir su discurso de recepción en la Real Academia Española de la Lengua sobre las coplas de ciegos. Y sospecho que en las que para procurarse unos cuartos escribió en sus mocedades de estudiante en colaboración con Bargiela, la parte de éste sería la mayor. Aunque para el buen resultado en semejante género le estorbase su humorismo galaico, ya que el público de esas coplas conoce al punto cuando son vil falsificación de un señorito escéptico y zumbón.

Julio Nombela, en su interesantísimo libro "Impresiones y recuerdos", que escribió a sus setenta años, abarca desde 1836 a 1912, y es uno de los más amenos y curiosos repertorios de noticias de la vida literaria española de mediados del XIX, nos cuenta algo de los que explotaban entonces el negocio de las coplas de ciegos y de los pretendían dedicarse a este difícilísimo género.

Lo que no sé es que ni a Besada se le hubiese ocurrido nunca aprovecharlo para hacer literatura política, militante. Todavía no han acudido, que sepamos, a ese medio de propaganda los agitadores de la conciencia popular.

Conoci hace ya años en Tamames de la Sierra a un hombre singular, que se apellidaba Gallego. El cual tenía en una especie de sótano de una casa de ese pueblo, una antigua imprenta de tórculo, no muy diferente de las que usarian Elzevir o Aldo Manucij y en la que por sus propias manos y ayudado de un chiquillo, tiraba pliegos de cordel para que los ciegos los vendieran, recitándolos a las veces al son de un

¡OJO! sigue en el reverso
de la columna anterior